

De ayer a hoy

UNA PUNTUALIZACION

LA verdad es que me han dejado algo perplejo ciertas respuestas asestadas a mi amigo el profesor García San Miguel en el sentido de que el bable sufrió «presiones» en estos años del franquismo. Por supuesto que mi bable es nada más que el de Oviedo, y, en cualquier caso, mi única experiencia como víctima es la de ver reirse a mis camaradas madrileños, cuando yo era un niño, de mis modalidades lingüísticas. Pero aquello no era centralismo, era maldad.

La intuición de que tenían un amigo tonto les hacía crueles, como pasa siempre en el Estado español. Naturalmente, el fondo de este asunto es el regionalismo. Mi perplejidad proviene de que yo siempre he considerado (y los hechos lo prueban) que lo que podemos llamar regionalismo asturiano siempre fue centrífugo, y no centrípeto. En verdad no era regionalismo, sino intención revolucionaria. Los revolucionarios de 1934, que en el fondo y en la forma profesaban la filosofía política de la comuna, no cantaban algo que pudiera corresponder, por ejemplo, a «Eis Segadors», cantaban lisa y llanamente «La Internacional». El sentido de clase estaba muy por encima de cualquier romanticismo histórico. (Hablo de romanticismo histórico en el mejor de los casos.) Con esto quiero decir, respetuosamente, que el regionalismo, desde el punto de vista de la izquierda, tendría que ser reaccionario. ¿Saben lo que hubiera dicho Marx a los megatiónanos de las nacionalidades? Voy a decirlo con sus propias palabras: «¡Ustedes quieren hacer retroceder la Historia por un mñenio!» No niego la razón de las nacionalidades españolas. Pero es una razón que hay que aceptar como un medievalismo. La razón de las nacionalidades es buena hasta donde llegaron las previsiones de Azaña (que, por eso mismo, no era marxista), pero no hasta donde llegaron sus sollozos, tan patéticamente descritos en el «Cuaderno de La Pobleta». Escribió el profesor Marichal que sacar a relucir esto quizá sea prestar un flaco servicio a la democracia, ya que podría ser aprovechado por los antidemócratas. No obstante, escribió también: «...quienes así se expresan parecen ignorar que la falla más grave de los políticos españoles antidictatoriales... ha sido su desidia historiográfica y su colaboración implícita, por omisión de sus testimonios, en la tarea deliberadamente negadora del pasado cercano realizada por los triunfadores de 1939.»

EL PREJUCIO

EN el aire de mi pueblo (para Hegel el aire es «la universalidad negativa degradada al momento impersonal de algo diferente», cosa verdaderamente irrespirable y que además no se entiende), el bable suena como la música de Salinas. Mielifica el aire y los oídos. No quiero que Asturias sea arrasada, como algunas veces lo ha sido, por un «imperium» central. Pero no convertiré mi asturianidad en un prejuicio burgués.—CANDIDO.